

www.alfaguara.com
Empieza a leer... Mis seres queridos

MIS SERES QUERIDOS

JUAN APARICIO-BELMONTE

II Premio Bubok
de creación
literaria 2010



ALFAGUARA


Y complacientes nutrimos los remordimientos
como los mendigos sus piojos.

Las flores del mal
CHARLES BAUDELAIRE

Empezaré casi por el final, cuando me aturdí un odio hacia mi padrastro idéntico a mi amor por Carlota, como si este sentimiento fuera una mariposa alegre que frente a él replegara las alas para convertirse en un gusano. Mi relato comienza una tarde difícil, cuando el ascensor del edificio de la travesía de San Mateo en el que se encontraban Carlota y mi padrastro paró bruscamente entre el segundo y el tercer piso tras lo que pareció otra explosión. Los dos estaban desnudos, pero sólo él se cubrió los genitales. De las risas con que había entrado en la cabina, mi padrastro pasó a los gritos de auxilio mientras ella canturreaba con indiferencia. Yo estaba allí, al otro lado de la puerta, escuchándolo todo, rabioso, loco, intoxicado por los celos.

—Estamos atrapados, estamos atrapados...
—gemía mi padrastro cuando me decidí a abrir la puerta—. Y todo por culpa de José Luis, maldito sea.

Ese tal José Luis al que mi padrastro culpaba entre dientes de su calamitosa situación no era yo, sino un enfermo que había estado ligado a su consulta los últimos meses. Recuerdo haberlo visto durante su etapa depresiva. Sombrío y azulón igual que un zombi, tenía una expresión tan triste como repelente. Daba la impresión de que la poca vitalidad que le quedaba la empleaba en hundirse en el colchón blando de su cama, donde reposaba empachado de las pastillas que mi padre le recetaba con más generosidad de la que seguramente aceptaría cualquier inspector de Sanidad.

Cuando mi padrastro le tocó las mejillas, José Luis cerró los ojos como si quisiera borrarlos de su habitación.

—¿Cuándo se recuperará? —preguntó Carlota.

—Nunca se sabe —respondió mi padrastro.

José Luis empezó a trabajar demasiado joven, según parece, hacia los doce años. Su madre era una señora gruesa de carácter colérico que mu-

rió cuando él contaba treinta años, y en cuya cama durmió hasta los veinte cumplidos.

José Luis le contó a mi padrastro que nació prematuro. Y concedía a este hecho, que podría ser mentira, una importancia decisiva, porque prematuro fue también su inicio en el mundo laboral y en el sexo. Todo esto según su testimonio cuando estaba eufórico, o sea, cuando aliñaba su biografía con las fantasías que envenenaban su cerebro.

El día que yo lo vi, el embozo de la sábana le llegaba hasta la boca, como un parapeto blanco que él estiraba hasta el límite, y nos miraba con un miedo contagioso. «Pobre hombre», pensé con ganas de alejarme.

Cuando mi padrastro lo conoció, unos meses antes, José Luis presentaba un aspecto bien distinto, de hombre corajudo, carismático. Mi padre se encontraba en un pueblo medio manchego del sur de Madrid, adonde había acudido para visitar a un enfermo. En la plaza Mayor, atestada de gente sin miedo al calor y decorada con cuerdas de coloridas flámulas triangulares, se estaba celebrando un mercado medieval organizado por el Ayuntamiento. Había demostraciones de cetrería, acróbatas que lanzaban antorchas al aire, bufones que apenas divertían a los niños. Mi padrastro se detenía en algunos puestos de comida o artesanía y contemplaba los productos hasta que el vendedor le dirigía la

palabra. Entonces se alejaba. De pronto una chica muy guapa, de unos veinte años, le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Atraído por su belleza, él obedeció.

Ella se abrió paso entre el gentío sin dificultad, como un pez que se deslizara entre los individuos con los que mi padre tropezaba una y otra vez. Se sumergió en lo que parecía un sueño. Ella era un pez en el agua y él una ballena torpe, sin aire: chocaba con otros cuerpos, encajaba cada vez más agobiado los gestos de reproche de las personas a quienes apartaba de su camino y le afeaban la ansiedad con que perseguía aquella espalda blanquísima, aquel tanga que surgía de un pantalón caído por debajo de la cadera, ese cabello castaño y abundante recogido en un moño desgreñado, la nuca tan atractiva.

Su mano fría agarró la de mi padrastro y él se dejó llevar por ella. Como si cesara de boquear, se convirtió también en un pez dentro del agua: tal vez en una sabandija. Ahora se deslizaba entre la gente con la misma pericia que ella demostraba.

Pararon.

Tenían delante a José Luis, con el pecho y la espalda empapados de sudor. Subido en un taburete para improvisar uno de sus mítines, tan singulares, parecía un charlatán exaltado del Speaker's Corner en un Hyde Park futurista que se hubiera convertido en una plataforma de asfalto llena de

oyentes serios, perplejos, la mayoría inmigrantes latinoamericanos.

—Necesito voluntarios para una experiencia formidable —gritaba el tipo: grande, fuerte y de ojos como lucecitas azules—. El tiempo es un estado mental y yo soy capaz de modificar el pasado con mi hipnosis curativa... Cinco euros para los primeros diez voluntarios... Cambiaremos el curso de la historia... Viajaremos al pasado.

Se alzaron los brazos.

—Yo, yo, yo.

Nadie quería perder ese dinero fácil.

Mi padre miró hacia la sirena pálida —pero de labios muy rojos— que lo había llevado hasta allí y le hizo un gesto con las manos. Quería expresar varias preguntas: quién eres, qué quieres y quién es este personaje.

La muchedumbre se agitó como un remolino de cabezas y manos. El orador había bajado de su taburete para repartir los billetes de cinco euros y, en el centro de la atención, parecía ser devorado por la aglomeración que su acción generaba.

—¿Es usted el psiquiatra Abraham Mohe-dano? —le preguntó la chica a mi padrastro.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo explico en esa terraza, tomando una caña... Si no le importa.

—Sí, mucho mejor.

Bajo el sol antipático, que exhalaba su aliento caluroso y seco sobre las cabezas agachadas, la pareja se refugió a la sombra de un toldo que a mi padre le pareció el paraíso. Obsequioso con ella y llamándola por su nombre, el camarero colocó las dos jarras de cerveza en el centro del velador. La chica le contó a mi padrastro que tenía veinte años y que había sido paciente de su consulta cuando era niña.

—Mi nombre es Carlota Flecha. Era anoréxica.

—Ah, sí —mintió mi padre—. Claro que me acuerdo... Una niña muy despierta, muy guapa.

Se sabía atractivo, sobre todo para algunas de sus antiguas pacientes, y estaba decidido a acostarse con ella.

Carlota le explicó que el orador al que acababan de contemplar en acción era su padre, José Luis Flecha, que había emprendido multitud de proyectos, a cual más peregrino, que terminaban siempre en fracaso con la consiguiente merma del patrimonio familiar... Que entraba en periodos de hiperactividad en los que apenas dormía, durante los que cualquier obsesión le servía como pretexto para emprender un nuevo plan desfavorable. Carlota mencionó un ejemplo que provocó la carcajada de mi padre: la construcción de un enorme molino de viento con aspas de dos kilómetros de largo

y una base equivalente a diez campos de fútbol con el que José Luis se proponía abastecer de energía eólica a toda Europa.

—Y ahora la dichosa hipnosis curativa...

Oyeron de nuevo un alboroto que los levantó de la silla: el orador había vuelto a subirse en el taburete, a cincuenta metros de donde ellos se hallaban, y a su alrededor se congregaban aún más individuos que abandonaban las sombras de los tenderetes.

Mi padre comprendió que el tipo tenía un serio y peligroso trastorno de conducta.

Cuando se volvió a apear, aunque ya no ofrecía billetes, más curiosos cercaron a José Luis. Tiraban de su camisa desde todas las direcciones. Como hienas con un cadáver, pugnaban por arrastrarlo hacia sus negocios.

Un carnicero le ofrecía chuletitas de lechal, el dueño de una cafetería le pedía que fuera a tomarse un chocolate con churros o una caña con un pincho moruno y un quiosquero hablaba de no sé qué suscripción a un periódico local, y el sol se ensañaba con las coronillas mientras la chica volvía a quejarse al oído de mi padre:

—Es demasiado bueno para el mundo... Lo van a arruinar.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Tratarlo.

—Me encantaría ayudarte, Carlota, pero soy psiquiatra infantil. Necesitas un juez que lo declare pródigo y le quite la gestión de sus propiedades.

Pero ella no pareció escucharle, sino que seguía con la mirada el itinerario de José Luis, que se adentró en el casino.

—Acudir al juez —musitó con tristeza—. Ya lo hice.

—¿Y qué pasó?

—Nos dijo que puesto que había ganado el dinero con el sudor de su frente, ahora podía hacer con él lo que le viniera en gana... Eso hace muy complicada cualquier otra acción procesal. Usted es un gran psiquiatra, yo lo sé... ¿Por qué no intenta ayudarlo? Le pagaremos bien, se lo aseguro... Dinero no nos falta... Todavía.

—¿Puedo invitarte a cenar?